

# Cinco poemas de Enrique González Rojo

I

Iba a ser día de fiesta.  
No había ventanas  
capaces de detener  
el volar de sillones, de tapetes,  
de mesas y floreros,  
de la casa completa hacia la calle.  
Iban a echar también toda su entraña  
por los sentidos.  
Iban a ensayar todas las posturas  
del espíritu.  
No le costó demasiado trabajo  
dar con la caja fuerte del pudor  
atrás del corpiño.  
Los senos eran tan igualmente bellos  
que su boca no supo  
sino adueñarse  
del seco pezón de lo indeciso.  
Pero en fin  
ahí estaban las caderas  
y la mano,  
salvando la empedrada ruta  
de unos puntos suspensivos,  
empezó a granizar copos de tacto.

Iba a ser día de fiesta  
pero era solamente  
la luna de miel de dos leprosos.

II

En una página guardo  
los labios de Irma,  
irmamorosamente;  
en otra,  
las piernas de Lupe,  
lupasionadamente;  
en una más  
los senos de Marcela,  
marcelosamente,  
y en otra  
las caderas de Inés,  
inestupendamente.  
Cuando me muera  
será como cerrar un libro

(mujeróticamente)  
de pornografía.

III

Deja ya de llorar. Sécate con esta hoja  
de papel.  
No había nada que hacer, si acaso  
ponerle dos, tres dedos en la frente.  
La agonía duró toda la noche.

Las toses renovadas,  
ensartadas una a una por la angustia,  
el rítmico estertor en que luchaban  
cuerpo a cuerpo la muerte con la vida,  
y ese buscar las manos  
una ayuda en los pliegues de la sábana.

Deja ya de llorar y vete por la caja mortuoria.  
Era una poema enfermo, desahuciado.  
Sin la palabra lucha en uno solo  
de sus versos.

IV

Y fíjese que mi chamaco  
me ha salido muy rebelde.  
Qué dolor de cabeza.  
No se imagina  
hasta dónde se ha dejado crecer los cabellos.  
Habla el cabrón el famoso  
lenguaje de la onda.  
No sé; pero hasta creo que fuma marijuana  
y el muy promiscuo  
se acuesta con dos o tres amigas  
al mismo tiempo.  
Pero eso no es lo peor,  
Habla todo el día del dichoso marxismo...

Cuando lo veo con sus cuates,  
otros poetas melencólicos y cochinos,  
creo que un día de éstos,  
no se olvide lo que le digo,  
él y los otros  
nos van a hacer un sesenta y ocho literario.

V

¿Que ya no puedes más, que no soportas  
el mueble gigantesco del cansancio?  
Ni modo, camarada, hay que seguir.  
¿Que te invade la sed, que tienes hambre?  
¿Que tu entraña comienza a devorarse  
trozo a trozo a ella misma?  
Ni modo, camarada, hay que seguir.  
¿Que temes la tortura? ¿Que el esbirro  
busque su información en tu epidermis?  
¿En tu alarido el nombre de tu hermano?  
¿Alguna dirección en tus testículos?  
Ni modo, camarada, hay que seguir.  
¿Cansancio, hambre, temor qué significan  
para el que ha decidido,  
con su cincel en mano,  
trabajar la escultura  
de su grano de arena?

